LA NOVELA FILM

N.º 139 — 30 cts.

LA TRAPERA

POR

AMPARO FERRER, JOSÉ FERNÁNDEZ, etc.

ANDREU, Joan i FERNANDEZ, Pepita

COL·LECCIÓ CINEMATOGRAFIA CATALANA BARCELONA

LA NOVELA FILM

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Redacción, Administración: Cortes, n.º 651 BARCELONA

Año III — N.º 139

LA TRAPERA

(1925)

Adaptación literaria de la película del mismo título basada en la obra del mismo nombre del inmortal Larra

---

Intérpretes:

Amparo Ferrer, Dolores Fora, José Fernández y Faustina Da Rosa

---

Producción de la FILM ARTÍSTICA VALENCIANA

EXCLUSIVA DE

JAIME COSTA

Consejo de Ciento, 317 — Barcelona

La Trapera

Argumento de la película

En los suburbios de la capital de España, en el lugar conocido por "Las cuevas de los Magallanes", donde el hampa y la miseria conviven en un hacinamiento bochornoso, vive el trapero Lucas en compañía de su hija Nati, aguardando el regreso de su hijo Jesús, que se hallaba cumpliendo los deberes militares, para poder remediar en lo posible la miserable situación en que se encontraban.

Nati, delicada flor, cuya lozanía van marchitando lentamente el hambre y el trabajo, a pesar del ambiente pernicioso y de la miseria en que vive conserva en su alma pura, completamente limpia del barro que la rodea, el recuerdo amoroso de la madre muerta y los honrados consejos de la santa mujer.

En la semi-oscuridad de aquel frío amanecer de invierno, el viejo Lucas, dormido sobre un desvencijado catre, y tal vez presintiendo su conciencia que un grandísimo mal se avecinaba, era presa de una horrible pesadilla, en la que se veía detenido por los agentes de la Autoridad como autor o cómplice de un robo.

En su febril alucinación protestaba, en voz alta, de aquella detención diciendo:

—¡No es verdad!... ¡Yo no me he metido en nada!... Les ayudé a bajar porque me dijeron que eran de la ronda... ¡Suelta!... ¡Suelta!...

Y como plan combinado por el destino, vinieron a despertar al pobre Lucas de su sueño unos misteriosos golpes, dados en el suelo de su choza por "El Resalao", que con sus compinches "El Madruga", "El Señorito" y "El Chato" iban a poner a un hombre pobre, pero honrado, a las puertas del presidio, valiéndose de promesas engañosas.

Despertó Lucas al ruido de aquellos golpes, y fué a llamar a su hija que, aterida de frío y consumida por el hambre, se disponía ya a salir en busca de los trapos y papeles que habían de proporcionarles el duro pan de aquel día.

Al ver a su Nati tiritando bajo aquellos harapos que la cubrían, los gritos de su concien-

cia quedaron acallados por los de su cariño de padre; y valiente y tembloroso, la abrazó con infinita ternura, diciendo:

—Ten paciencia, hija de mi alma; tal vez mañana seremos ricos.

—¡Mañana!... ¿Qué quiere usted decir, padre? — preguntó extrañada la muchacha.

—Nada; mañana lo sabrás. Anda, vete ya, que es tarde.

Salió Nati, pensativa, sin saber el alcance de aquellas frases de su padre, mientras que éste, cuando la creyó alejada, apartó un montón de viejos trapos, levantó unas cuantas tablas del piso y fué sacando, uno a uno, a todos los compinches del "Resalao", que cuando se vió fuera exclamó:

—Creí que nos ibas a dejar ahí todo el día.

—No he podido antes — se excusó el viejo Lucas—. Mi chica se ha ido ahora, y si ella os vé... ¿Para qué queremos...?

Precisamente eso era lo que quería "El Resalao".

Hombre de aspecto feroz y patibulario, brutalmente sensual e incapaz de concebir una idea digna, iba buscando, por todos los medios, comprometer a Lucas, para robarle lo que éste más estimaba: su Nati.

Al ver que ésta ignoraba todavía el asunto en que estaba metido su padre, le preguntó:

—Entonces, ¿tu hija no sabe todavía nada de nuestro "negocio"?

—Ni lo sabe, ni lo sabrá nunca — contestó con orgullo, Lucas—. Si ella se enterara algún día, se moriría de vergüenza; y por eso, digas lo que quieras, me vuelvo atrás.

—Eso ya me lo suponía yo — repuso "El Resalao", burlonamente—. Por lo mismo escogí tu casa. ¿Crees que si no, te iba a dar participación en el "negocio"? Pero ya no puedes volverte atrás, porque el escalo está hecho en tu casa y el único comprometido de veras eres tú... Yo, lo mismo que los otros, mientras no nos cojan dentro, lo podemos negar; pero tú tienes aquí la prueba del delito y sobre ti recaerá toda la responsabilidad.

—¡Maldita sea! — exclamó desesperado el pobre trapero al darse cuenta que había caído en las garras de aquel miserable.

—No te pongas así, que no vas a sacar nada — continó diciendo "El Resalao"—. Además, que en la cárcel no se está del todo mal.

—Pero, ¿y mi hija? — suplicó el anciano.

—A esa, si te "cazan", no la faltará nada. Yo estoy aquí para trabajar para ella... hasta que ella aprenda a trabajar para mí.

El pobre Lucas oía anonadado todo aquello, llegando al paroxismo del dolor; y por su ima-

ginación cruzó como un trágico fantasma la idea del presidio. Vió a su hija abandonada a merced de aquel infame, a su hijo Jesús igualmente deshonrado, y quiso retroceder enérgicamente; pero comprendió que ya era tarde. Los mismos que ahora eran sus cómplices serían los primeros en denunciarlo. Practicarían un registro en su casa, descubrirían que allí se había hecho un escalo y se vería envuelto en un proceso que terminaría en el presidio.

"El Resalao", con esa complacencia que siente un alma ruín ante la desgracia ajena, comprendió todo el martirio del que había hecho su cómplice y le dijo:

—Bueno, déjate de malos pensamientos y ves poniéndome la joroba, que ya sabes lo que dice el artículo cuarenta y uno de nuestros estatutos "Habrá siempre un socio *jorobao*".

Mientras que en "Las cuevas de los Magallanes" el pobre viejo se retorcía de dolor y desesperación, luchando entre la conciencia y el destino, Nati se detenía ante un joven elegantemente vestido que dormía sobre un banco del Parque del Retiro.

Era éste Adolfo Márquez, hijo único de un opulento banquero y fervoroso adorador de Venus y de Baco, muy conocido en el mundo galante por su apuesta figura, sus calaveradas y su inmensa fortuna.

Momentos antes, había terminado una de sus muchas juergas y en completo estado de embriaguez se sentó en uno de los bancos del precioso jardín para despejar la cabeza de los densos vapores del alcohol, y al poco rato quedó profundamente dormido, rodando por el suelo su fino sombrero de copa y la abultada cartera, repleta de billetes.

En su dolorosa peregrinación acertó a pasar por aquellos lugares la preciosa Nati, que al ver la cartera la cogió y quedó indecisa unos segundos, sin saber qué hacer.

Miró a todas partes y no vió a nadie que pudiera haberla visto. Aquella cartera podía ser muy bien la salvación de toda su familia, la felicidad de toda su vida. . Dudó un momento y volvió la vista hacia el hombre que seguía inmóvil en el banco. Sintió deseos de coger aquella fortuna y huir con ella, pero el recuerdo de la madre muerta se le apareció en aquel momento, mirándola desde el Cielo, y oyó su voz clara que entre suspiros y lágrimas le decía: "Eso no es tuyo; el que roba, ni es buen hijo, ni es cristiano". Quedó inmóvil unos instantes y por fin el alma noble de la inocente muchacha venció la tentación.

Vacilante, temblorosa, con la cartera en la mano, se acercó al señorito juerguista y con voz entrecortada lo despertó, diciéndole:

—Tome usted su cartera... estaba ahí... en el suelo... yo no he tomado nada, a pesar de que tengo mucha hambre.

Vaciló Adolfo entre contar el dinero y detener a Nati, sospechando que ésta, aprovechando su sueño, había pretendido robarle; pero, en un momento de lucidez, se dió cuenta de la forma en que la joven le había hecho entrega de la cartera y cogiéndosela a la muchacha le entregó un billete de 100 pesetas, a la vez que le decía:

—Toma. Te lo regalo por honrada y por bonita.

Cogió Nati el billete y corrió llena de gozo a contar a su padre lo ocurrido; pero al llegar a su choza sorprendió a éste colocándole la joroba al "Resalao" y le dijo:

—Pero, ¿usted no era jorobado?

—Es que esta era la sorpresa que te guardaba, para cuando nos casáramos — respondió con cinismo el interrogado.

—Entonces... ¿por qué me dijo que le había salido la joroba de un susto?

—¡Y es verdad!... Un día me asusté al ver los guardias y metí ahí todas las herramientas.

—Es que así no se disfrazan más que los ladrones — volvió a decir la muchacha, que no comprendía la razón de aquel disfraz.

—¡Oye, niña! — le amenazó "El Resalao", terminando de ponerse la joroba—. ¡Que yo me paso de prudente por ser vos quien sois y porque os amo sobre todas las cosas!; pero para dar consejos lo primero que hay que tener es la conciencia tranquila y tú no la tienes del todo muy limpia.

Ante aquel insulto a su manifestada honradez, Nati no pudo contener su indignación y descargó sobre el miserable una fuerte bofetada.

"El Resalao" contuvo, a duras penas, sus deseos de responder de la misma forma a la débil mujer, y se conformó con decirle:

—El que toca esta cara tiene pena de la vida. A ti te indulto de esta pena y te condeno a cadena perpetua... entre mis brazos...

Quedó unos momentos sola y triste la desgraciada Nati, cuando de su meditación la sacó una voz de hombre, que gritó desde la puerta:

—¡Nati!... ¡Nati!

Reconoció la joven en el que llegaba a su hermano Jesús y corrió a sus brazos, acariciándole mientras le decía:

—¡Chiquillo!... ¡Qué guapo estás de uniforme!... ¿Y el primo?

—¡Presente! — respondió detrás de ella su primo José, a quien en el cuartel le decían, por su abultado abdomen, el "Botijo".

—¡Qué gordo estás, muchacho! — exclamó Nati, fijándose en él.

—Pues *to* es mío — respondió éste, mostrando orgulloso su barriga—. Aquí no hay na postizo... Toca... toca y verás qué duro.

—¡Ay, Nati, cuánto me he acordado de vosotros y del hambre que hemos pasado juntos! — exclamó de nuevo Jesús, abrazando a su hermana.

—Así comes ahora — intervino su primo—. Pareces una lima nueva tragando acero.

Pronto olvidó la joven trapera sus tristes pensamientos, y entre las caricias de su hermano y las bromas del simpático José, transcurrieron para ella insensibles las horas de aquel día.

***

Adolfo Márquez no había podido olvidar en todo el día su bella aparición de la mañana y decidió hacerla suya, valiéndose para ello del brillo deslumbrador de su oro.

Para conseguirlo, se puso al habla con Celestina López, una jamona de buen ver todavía, conocida vulgarmente por "La Celestina" y que era una consumada maestra en tercería, la que, por su estrecha amistad "comercial" con el "Madruga", estaba enterada del robo que iban a cometer el "Resalao" y su gente con la complicidad del pobre Lucas.

Como si el Destino quisiera ensañarse en la infeliz trapera, cuando ésta, gozosa, enseñaba a su hermano el billete que le había regalado Adolfo, llegó "La Celestina" y llamándola aparte le dijo sigilosamente:

—El señor que esta mañana te dió el dinero quiere verte. Te advierto que es riquísimo y le has gustado mucho; de modo que si eres lista...

Y nuevamente la conciencia honrada se rebeló contra la venta que le proponían; y protestó indignada de la conducta de la vieja, que a tales papeles se prestaba, diciendo:

—¿Cómo se atreve usted a proponerme eso? ¡Si mi padre se enterara!...

Una sonrisa sarcástica de "La Celestina" cortó las últimas palabras de la joven, que preguntó:

—¿Qué quiere usted decir con esa risa?

—Yo, nada, hija mía. Lo que todo el barrio sabe, menos la autoridad, que para eso es autoridad. El "Madruga" se emborrachó el sábado en casa de "Mediahora" y lo largó todo; si hasta se sabe que esta noche dan el golpe.

Y la perversa "Celestina", con su mefistofélica sonrisa, apartó las sillas y la mesa que había en el centro de la estancia, levantó un pedazo de estera y unos trozos de madera y dejó al descubierto el boquete por donde se estaba preparando el escalo.

—Ahora — continuó diciendo la vieja—, cuando veas a tu padre en presidio seguramente que lo pensarás mejor, pero entonces, quizá sea demasiado tarde. Hoy aún estás a tiempo; conque, tú decidirás.

—¿Y a eso ha venido usted? — gritó, indignada, la infeliz muchacha—. ¡Largo... largo de aquí!

—Oye, ¿quién es esa individua ? — preguntó José, tan pronto como salió la "Celestina".

—La tía Celestina — repuso su primo—. Ahí donde la ves tiene sus buenos ahorros en la cartilla del Monte.

—¿Sí? Pues en esa cartilla aprendo yo a leer y le saco *to* lo que sepa del escalo y le saco... hasta el moño, si es preciso.

Y sin perder un momento, salió detrás de la vieja, decidido a enternecerle el corazón con aquella caída de ojos que Dios le había dado.

... ...

Cuando el bueno de Lucas volvió a su choza, encontró a sus dos hijos examinando el agujero practicado en el suelo, y comprendió que ya lo sabían todo.

Al verlo entrar, Nati cayó a sus pies, sollozando, y le preguntó:

—Padre, ¿por qué ha hecho usted esto?

Avergonzado por su acción, el pobre Lucas bajó la cabeza y contestó:

—Lo hice por vosotros, porque os amo y quiero sacaros de esta miseria en que vivís.

—Está bien, si eso es todo; yo bajaré por usted — contestó decidido Jesús.

—No; tú tampoco — exclamó desesperada la pobre muchacha.

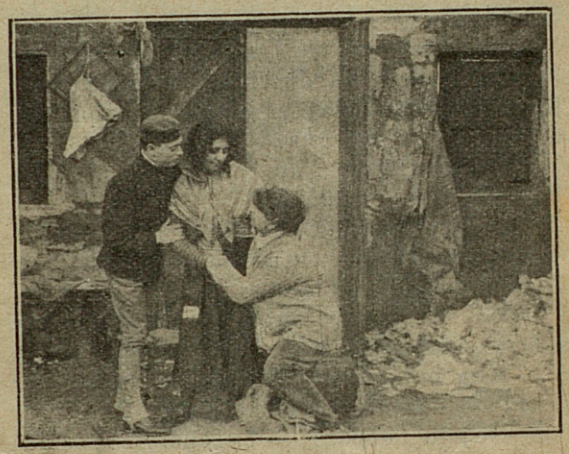
Y ante la desgracia que amenazaba a su padre, no dudó en sacrificar su honra, para salvar la del ser querido.

Recordó las palabras de la "Celestina" y, en un sublime arranque de amor filial, corrió en busca de aquella mala mujer para tratar de su venta y salvar a su padre del presidio.

Entró en la taberna del "Mediahora" donde creyó encontrarla y preguntó por ella. Le

dijeron que se había marchado a su casa y allí se dirigió la infeliz muchacha.

La "Celestina", al verla entrar, compren-



—Padre, ¿por qué ha hecho usted esto?

dió a lo que venía y agotó con ella todas sus frases de cariño, diciéndole:

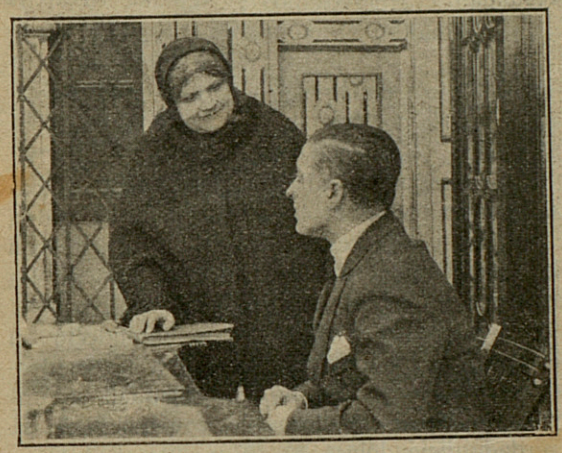
—¿Qué bueno te trae por aquí, paloma?

—Que he pensado despacio lo que me ha dicho usted y puede decirle a don Adolfo que acepto.

—¿De verdad? — preguntó llena de ale-

gría la comadre, previendo el negocio que se le avecinaba.

Y sin detenerse un instante, se encaminaron a la suntuosa morada del señorito cala-



—La Nati está abajo esperando.

vera, a quien le dijo una vez que estuvo en su presencia:

—La Nati está abajo esperando.

No esperaba Adolfo que la joven se rindiera tan pronto y exclamó:

—Aquí, en mi casa, no puedo recibirla.

Dile que me espere en el Retiro, que yo iré dentro de una hora.

Recogió la "Celestina" el pago de su vil acción y salió para darle a la joven la orden recibida.

*
**

En la seguridad absoluta de que únicamente Adolfo podía ser la salvación de su padre, Nati acudió a la cita, dispuesta a decirle toda la verdad; pero al llegar el momento de las revelaciones, una fuerte excitación nerviosa se apoderó de ella, el rubor enmudeció su lengua y sólo acertó a llorar... a llorar desconsoladamente. Por fin, la serenidad se impuso y entre balbuceos le confesó toda la verdad, diciéndole:

—Mi padre es bueno... pero las malas compañías le han perdido... Sálvelo usted y seré su esclava.

Ante aquel sincero dolor, el caballero se sobrepuso al calavera y Adolfo intentó consolarla con palabras amorosas y prometió salvar a la infeliz trapera, haciendo caso omiso de estúpidos prejuicios y ridículas conveniencias sociales.

Dejó que la muchacha desahogara su pena en aquel llanto bienhechor, y cuando la comprendió más tranquila le dijo:

—Puedes estar segura que yo salvaré a tu padre sin que te comprometas a nada. Yo también soy hombre y no sé cobrar los favores con usura.

Mientras tanto, el simpático José, decidido a salvar a su tío, empezó su plan de ataque enamorando a la "Celestina", que sin poder creer aquel repentino amor de su fingido adorador, pero halagada en su vanidad de mujer, le dijo:

—Pero ¿cómo es posible que tan pronto se haya *enamorao* de mí?

—El cariño es así: entra de golpe... y acaba a golpes... — repuso el soldado acariciándole el exagerado lunar que lucía la vieja en la barba.

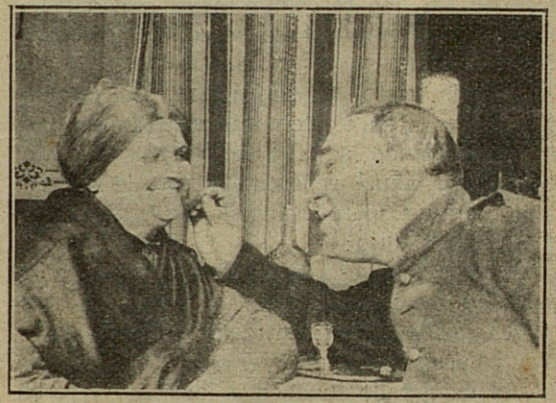
—Pero, ¿de veras es eso?... — preguntó la comadre, convencida por las palabras de José.

—No hay más que mirarme en los ojos para comprender que están loquitos por esas dos niñas de su cara... que están como *pa* presentarlas en sociedad.

Una vez que José comprendió que era suya aquella mujer, fué decididamente al asun-

to y le pidió como prueba de cariño que le revelase todo lo que supiera del escalo.

—Yo no sé más que lo que he dicho esta mañana; pero pierde cuidado, que el "Madru-



—El cariño es así: entra de golpe...

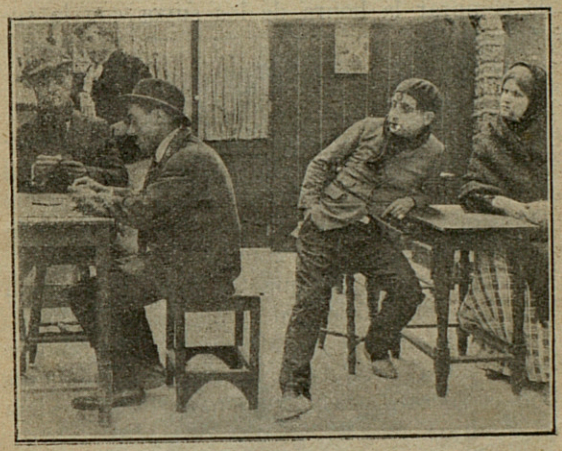
ga" me dará todos los pormenores del asunto.

En efecto, media hora después, en la taberna de "Mediahora" la "Celestina" le decía a su "socio comercial":

—Oye, "Madruga", necesito saber adónde vais a dar el golpe esta noche.

—Ahora no te lo puedo decir, porque no lo sé de fijo; pero si tanto te interesa, ve esta

tarde al merendero del "Pelao" y lo sabrás. Ah, no se te olvide llevarte un "anuncio" del Banco, que sino te quedas en ayunas — exclamó el golfo, levantándose de la mesa para



—Oye, "Madruga", necesito saber adónde vais a dar el golpe esta noche.

no suscitar sospechas en el "Resalao" que acababa de entrar.

Y mientras "Botijo" operaba en combinación con su "adorada", la inocente paloma que no quiso mancillar su honor, la trapera digna y honrada, a la que no rindieron ni las

amenazas del "Resalao" ni los millones de Adolfo, prescindiendo en absoluto de la ambición personal y con el pensamiento fijo en la salvación de su pobre padre, esperaba, sin dudas ni cavilaciones, el momento supremo de comprar la honra de los suyos con la suya propia.

*
**

La "Celestina", puesta por completo al servicio de la honradez, citó en el ventorro del "Pelao" a los hijos de Lucas y a su novio "Botijo", para encontrarse allí con el "Madruga" y sus demás compinches.

Hacía poco rato que la enamorada vieja lucía sus "hechuras" al compás de un clásico manubrio, cuando el "Madruga", apartándose de la mesa en que jugaban sus compañeros con el señor Lucas, llamó a parte a la vieja y le dijo:

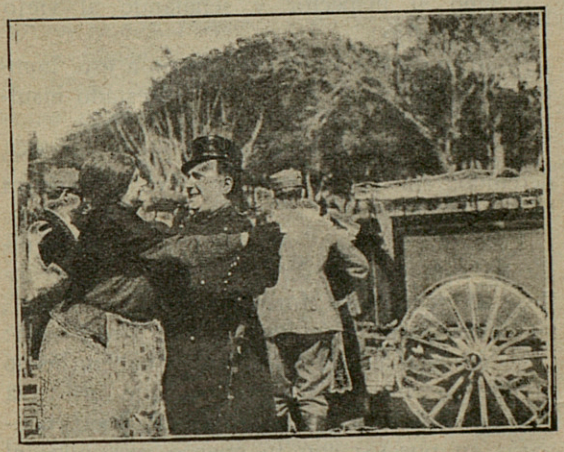
—¿Me has traído el encargo que te hice?

—Aquí lo tienes — contestó "Celestina", enseñándole un billete de cien pesetas, que rápidamente cogió el golfo—. Ya puedes desembuchar, prenda.

—Te lo digo — contestó el Madruga — porque yo no pienso acompañarlos, y según me han dicho el golpe van a darlo al Banco de don Pedro Márquez.

—¿Estás seguro de ello? — preguntó la vieja, pensando en que aquella casa era la de don Adolfo.

—Tan seguro como que te has de morir, Celestina — repuso el "Madruga", volviendo



Hacía poco rato que la enamorada vieja lucía sus "hechuras"...

a la mesa en que estaban sus compañeros, que discutían acaloradamente una jugada.

Los ánimos fueron excitándose cada vez más y lo que empezó por una simple disputa acabó en una verdadera reyerta.

A los gritos de las parejas que bailaban en el merendero, acudió la policía; y por la imaginación de Nati cruzó una idea que podía muy bien impedir que su padre tomara parte en el escalo de aquella noche.

Llamó al inspector y señalando al viejo Lucas le dijo:

—Al que debe usted detener es a este hombre que durante toda la tarde ha estado insultando a los demás.

Y quieras que no, el pobre trapero se vió detenido, sin poder explicarse el porqué su hija le acusaba.

Pero el "Resalao" se dió cuenta en seguida de esta combinada detención, y acercándose al grupo que formaban la "Celestina", su novio, Jesús y su hermana, le dijo a ésta:

—No está mal la martingala; habéis hecho prender a vuestro padre para que no vaya al escalo; pero es igual, porque tú, Jesús, ocuparás su puesto; con tu cuerpo respondes al de tu padre.

—Iré y bajaré el primero — contestó decididamente Jesús.

—Pues ya lo sabes: a las diez, sin falta, hay que estar en el sitio.

Puestos ya en plan de abierta batalla, mientras el "Resalao" se valía de la influencia de

un vecino que *pagaba contribución*, para poner en libertad al señor Lucas, Adolfo, ignorante de ello y ante la orden de salir inmediatamente con su regimiento, escribió a Adolfo una carta diciéndole:

Muy señor mío: Para esta noche, a eso de las once, hay preparado un escalo a la caja de su Banca. En este asunto la fatalidad había hecho cómplice a mi padre, pero mi hermana y yo lo hemos impedido haciéndole detener para que no caiga sobre nosotros la deshonra del robo.

Al enterarse Nati de que su padre había sido puesto en libertad, e ignorando la carta que su hermano había escrito a Adolfo, pensó que lo más práctico era ir personalmente a avisarle, para que éste salvara a su padre y tomara las medidas convenientes para evitar el robo.

Y como al tiempo no se le puede poner trabas, la infeliz muchacha corrió a la suntuosa morada de Adolfo, que enterado por el anónimo del robo que se preparaba, había hecho venir a la policía.

Jadeante y temblorosa llegó a las puertas del magnífico edificio y se encontró con la obstinada negativa de los criados que, al ver su misérrimo aspecto, le impedían la entrada.

Pero ante su insistencia y ante la magnitud

de la noticia de que decía era portadora, el ayuda de cámara accedió a pasar el recado a su señor, mientras ella aguardaba la respuesta.

Adolfo Márquez, que estaba en su despacho contiguo a la caja de caudales, estudiando con los policías la forma en que debían proceder para detener a los ladrones, recibió el recado de su criado, y sospechando que la visitante no podía ser otra que la propia Nati, ordenó que pasase, mientras los agentes se ocultaban.

Al entrar la joven, se arrojó a los pies del banquero suplicándole entre sollozos:

—¡Don Adolfo, salve usted a mi padre por lo que más quiera! ¡Esta noche van a venir a robarle!

—Ya lo sé, he recibido un anónimo diciéndomelo — repuso él, enseñándole la carta que acababa de recibir.

—Es de mi hermano. No sabe que mi padre está libre y lo ha perdido.

Y aferrándose nuevamente a él, como única tabla de salvación, volvió a implorarle, desesperada:

—¡Por Dios, don Adolfo, sálvelo y haga de mí lo que quiera! ¡Sálvelo y yo seré, lo juro, una esclava suya!

En aquel momento comprendió el joven toda la nobleza que encerraba el alma de aquella desgraciada criatura, y atrayéndola hacia él, con verdadero cariño le dijo, para tranquilizarla:

—No tengas miedo; yo salvaré a tu padre.

Y los dos jóvenes quedaron unidos por un fuerte abrazo, sin poder explicar el sentimiento tan extraño que en aquel instante hacía latir con violencia sus corazones.

*
**

Eran las once de la noche y en la miserable vivienda del honrado trapero, al que la fatalidad se complació en escoger como víctima propiciatoria, un hombre de perversos instintos, el "Resalao", empuñando en su mano una enorme navaja, amenazador y autoritario incitaba a sus compinches y al pobre Lucas, diciéndoles:

—Animo, que dentro de media hora seremos ricos.

Aun pretendió evadirse el pobre Lucas, pero ante el gesto feroz del "Resalao", penetró en el agujero que ¡quién sabe dónde había de conducirle!

Tras él, como si de un paseo se tratara, descendieron los demás truhanes, que, careciendo de todo sentimiento humano, lo mismo mendigaban unos céntimos en la vía pú-

blica que asesinaban al primer transeunte para robarle un puñado de monedas.

En la obscuridad de las alcantarillas las figuras de los ladrones se dibujaban como sombras fantasmales que acudían a un aquelarre.

Sigilosamente iban andando por las cloacas hasta llegar al sitio elegido, donde empezaron a derribar el suelo que debía conducirles al departamento de la Caja del Banco.

Al ruido de estos golpes, Nati y Adolfo quedaron callados esperando, con la luz apagada, que aparecieran los salteadores.

El primero en salir fué Lucas; y Adolfo, apuntándole con su pistola, exclamó:

—¡Canalla, espera!

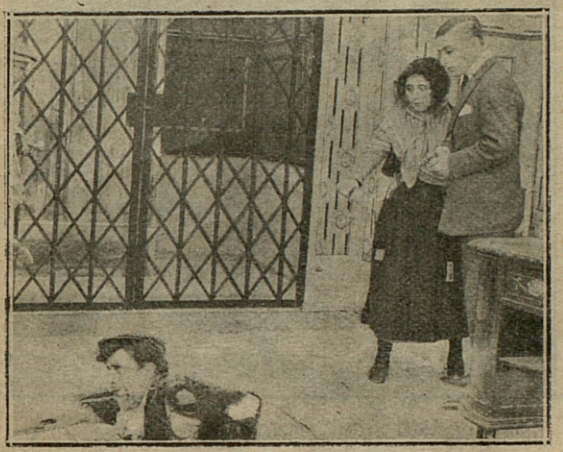
Pero Nati reconoció en seguida al pobre trapero, que avanzaba con el rostro contraído por el dolor y la vergüenza; y exclamó deteniendo al banquero:

—¡No; a ese no... que es mi padre!

Unos minutos después apareció por el boquete la figura repulsiva del "Resalao", que inmediatamente fué reconocido por Nati, que gritó enérgica fuera de sí:

—¡Ese, ese es el criminal!

Sonó un disparo, se encendieron las luces y aparecieron los policías deteniendo a Lucas y al "Resalao", que a pesar de estar herido forcejeaba con los agentes pretendiendo escapar por donde había venido. Mas al ir a hacerlo, apareció por el agujero el simpático "Botijo", que machete en mano le detuvo, diciéndole:

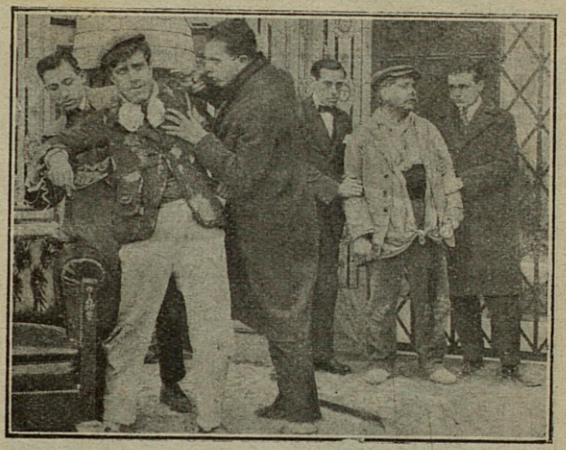


—¡Ese es el criminal!

—¡Atrás, paisano! Si te mueves te pincho como a una rata.

El pobre Lucas, con la cabeza humillada por la vergüenza, no opuso la menor resistencia a los policías que lo detuvieron, pero al írselo a llevar, se adelantó Adolfo y les dijo:

—No; este es el que los ha delatado. Yo respondo por él.



El pobre Lucas, con la cabeza humillada por la vergüenza...

—Pero, ¿tú conocías a este señor? — le preguntó el trapero a su hija.

—Sí, padre; por salvarle a usted soy su esclava — contestó Nati, acercándose a su salvador, que sin poder negar que en su alma también se albergaban instintos generosos exclamó:

—No, Nati; no acepto tu sacrificio. Yo te quiero por ti, pero sin violencia. Yo te amo, como se quiere a la mujer que ha de ser la madre de mis hijos. Pero quiero que seas tú la que vengas a mí voluntariamente.

No dudó la joven un momento, y siguiendo los impulsos de su corazón, se arrojó en sus brazos, exclamando:

—¡Gracias, Adolfo; me has ganado!

Al otro lado de la estancia, Lucas y el "Botijo" contemplaban emocionados la escena y este último, sin poderse contener, exclamó:

—¡Caramba, si llego a saber esto, me traigo un pan del cuartel, a ver si se enternecía y se ponía blando.

... ...

Pasaron varios años. Jesús cumplió sus deberes militares y gracias a la ayuda de Adolfo consiguió la instrucción suficiente para poderse hacer cargo de la Banca Márquez.

Al pobre Lucas, cuando ya empezaba a saborear las delicias de una vida apacible y ordenada, el Destino, que parecía ensañarse con él, le arrebató la vida y fué a olvidar en el sueño eterno, todas sus pasadas penalidades, mientras que el "Resalao" y sus compinches expiaban en presidio todos sus crímenes.

Y allá en Valencia, en el pintoresco pueblecillo de Paterna, perfumado con el delicio-

so aroma que exhalan los naranjos en flor, el amor caprichoso y tornadizo clavó sus flechas en cuatro corazones que empezaron odiándose y acabaron en lazos indisolubles.

En el hermoso chalet que posee el matrimonio Márquez, corren entre los árboles, como alegres pajarillos, dos preciosos niños. Son los hijos de Nati y Adolfo, que bajo la custodia de Pepe y Celestina alegran con sus risas infantiles aquel hogar, cobijo de un amor puro y desinteresado.

La honradez de la antigua trapera ha tenido su justa recompensa y ahora, al estrechar contra su corazón los hijos del hombre amado, siente su alma inundada de una felicidad incomparable.

De cuando en cuando, la sombra del pasado acude a su memoria recordándole los trágicos días de hambre y de miseria. Pero estos recuerdos duran poco. Adolfo sabe leer en el ingenuo corazón de su esposa como en un libro abierto y procura hacérselos olvidar con su cariño diciéndole:

—No pienses más en lo que ya pasó, Nati. Olvídalo como si fuera una triste pesadilla y piensa tan sólo en la dicha de nuestro amor... en nuestra eterna felicidad...

Las palabras de su marido producen una sensación tan íntima, un consuelo tan dulce en el alma de la amante esposa, que sin poderse contener se abraza a él, exclamando:

—¡Qué bueno eres!... ¡Cuánto te debo!

Y mientras su cabeza descansa en un hombro de Adolfo, que siente sobre su rostro la tenue caricia de un rizo que juguetea con el aire, en el corazón de la santa mujer se eleva una plegaria al Cielo, desde donde la mira su madre, sonriendo orgullosa de aquella hija que a costa de tantos sacrificios y tanta miseria, supo conservar su alma limpia de todo pecado y seguir sus consejos.

Los pequeños, al ver a sus padres abrazados, sonríen infantilmente sin comprender nada; pero ellos también, atraídos por la voz imperiosa de la sangre enlazan sus bracitos y sus boquitas se unen en un beso que suena en la penumbra de aquel delicioso atardecer como el trino de uno de los ruiseñores que invaden el jardín.

Todo es paz y recogimiento en la extensa vega valenciana, y en medio de aquel místico silencio el repique de una campana tocando a oración, parece repetir, con su voz vibrante. las inmortales palabras del escritor maestro: ¡Amor, la verdad eterna!

FIN

Con esta novela exija usted la postal-obsequio de
RICHARD BARTHELMESS

¿Ha comprado usted ya

LA PRINCESA QUE SUPO AMAR

EDICIONES ESPECIALES

DE

La Novela Semanal Cinematográfica?

En preparación en esta misma biblioteca:

LA FAMOSA NOVELA

EL COCHE N.° 13

Un éxito enorme ha obtenido el último libro de la BIBLIOTECA

Los Grandes Films

de La Novela Semanal Cinematográfica

EL HIJO PRÓDIGO

En preparación: la novela de gran emoción y fama mundial

EL MUNDO PERDIDO

¡Siempre lo mejor entre lo mejor!

Un formidable éxito
está obteniendo el

NÚMERO ALMANAQUE

DE

La Novela Semanal Cinematográfica

con el que se regala un lujoso

ALBUM

para coleccionar las
postales del año 1926

Numerosos argumentos : Información cinematográfica

32 páginas de retratos de Ases de la pantalla

¡SI LO VE, LO COMPRARÁ!

J. Horta, impresor - Barcelona